

La familia, a pesar de las crisis

MIL novecientos noventa y cuatro ha sido declarado por las Naciones Unidas Año Internacional de la familia. La imagen de la familia que casi instintivamente viene a la mente de algunos es la de un lugar estable de seguridad y de paz donde se nos acepta y quiere más por lo que somos que por lo que hacemos. En ese ámbito aprendemos el difícil arte de relacionarnos con nosotros mismos y con los demás y prepararnos para realizar nuestra tarea en el mundo. Como la familia tiene un carácter fundamental y está muy profundamente vinculada con dimensiones importantes de la persona (procreación-educación de los hijos) casi automáticamente se puede llegar a creer que la familia es socialmente inamovible. Un refugio donde guarecerse al abrigo de todos los vendavales.

Una reflexión sobre la familia que arrancase de estos supuestos no podría hoy hacer otra cosa que sumarse al coro de lamentaciones que lloran la crisis y aun la agonía de la familia. Aumenta el número de familias rotas por el divorcio de los padres. No pocas se asientan en la fragilidad de una convivencia fáctica sin compromiso jurídico. Estos datos son reales y deben entrar en nuestra consideración. Sólo abriendo bien los ojos evitaremos tanto los sueños como las pesadillas.

Pero la preocupación seria no debe arrojarnos al pánico irracional. Para empezar, esta alarma ante «la crisis de la

familia» no es nueva. Hace ya siglo y medio (1859) una revista americana, la **Boston Quarterly Review** escribía: La familia está amenazada en nuestro país. Están en peligro no sólo nuestras instituciones libres sino la existencia misma de la sociedad.

Acerquémonos a la familia con responsable serenidad y buscando la luz. Creemos que no se pueden ignorar los siguientes aspectos:

1. No existe un modelo «único» de familia. Que la familia sea un pilar básico en la sociedad no quiere decir que sea monolítico. Los diversos tipos de familia han venido cambiando en función de la época, la geografía, el desarrollo técnico y social, el desarrollo de las ideas. En las sociedades desarrolladas se puede hablar hoy, fundamentalmente, de la familia nuclear (formada por padres e hijos en número que ya va siendo cada vez más reducido), la familia monoparental (un adulto y uno o varios hijos) y familias de una sola persona (ancianos que viven solos o también jóvenes que no se han casado). Esto si no miramos el panorama de la familia a vista de pájaro. Porque un estudio sociológico de 1980 (Kellan-Ensminger y Turner) llegaba a describir en un barrio de Chicago hasta 86 variedades familiares distintas. La pluralidad de modelos florece también en los países en desarrollo donde hay «agrupaciones de parientes» (conjuntos de personas ligadas entre sí por ascendencia paterna o materna), hay «familias amplias» (que agrupan a varias familias nucleares y a los diversos parientes a su cargo), hay «familias polígamas» (en algunos países la poliginia alcanza al 50 por 100 de las mujeres) y hay también «familias nucleares» con diversas variantes.

PERO no vayamos a pensar que es ahora cuando el modelo de familia ha saltado hecho añicos por los aires. No se puede olvidar la enorme libertad sexual antes y fuera del matrimonio en muchos países de la Europa medieval y las altas tasas de hijos ilegítimos que venían a ser los jirones del pretendido modelo «único» de familia. El entretejido familiar de siglos pasados dejaba fuera a un número importante de personas a quienes, como no se les

ofrecía un verdadero hogar, había que improvisar un apellido.

2. *Ciertamente hay factores importantes que han dado lugar a un cambio significativo en la institución familiar.*

CAMBIAN las personas y los roles de las personas. No ha desaparecido aunque se va igualando la importancia del hombre y de la mujer. La presencia de la mujer, que se va preocupando cada vez más de la calidad de su propia vida como sujeto humano, se afianza y se amplía en la familia y en la sociedad. Se define de este modo una nueva identidad de la mujer. Esto obliga al hombre a «reajustarse» a la nueva situación. Los ingresos ya no vienen a casa sólo de la mano del marido y las tareas domésticas no constituyen la parcela exclusivamente reservada a la mujer. Y el marido no es la instancia suprema que decide verticalmente los «pleitos» en la familia. La actual situación de paro ha producido algunos casos, ciertamente minoritarios, en los que la mujer trabaja fuera y el marido se encarga de las tareas del hogar. Aun sin llegar a eso se van dando algunos indicios, al menos en algunos países de Europa, de padres que reducen su actividad laboral para dedicar más tiempo a la casa, a la mujer y a los hijos.

Cambian algunos valores. Prima hoy mucho la decisión personal frente al compromiso jurídico-religioso. El vínculo matrimonial que antes se respetaba, al menos en teoría, hasta situaciones límite salta hoy mucho más fácilmente por los aires. El divorcio es una posibilidad a la que algunos recurren casi en primera instancia para solucionar los conflictos dentro del matrimonio. Otros prefieren reducirse a un compromiso exclusivamente personal con la otra persona (cohabitación) en lugar de vincularse jurídicamente por medio del matrimonio, sea civil o eclesiástico. Decrece la estimación de la importancia del matrimonio. Todavía en 1963 el resultado de una encuesta en Alemania Federal señalaba que al 90 por 100 de la población le parecía que el matrimonio era una realidad fundamental y necesaria. Una encuesta realizada en 1978 a personas de la misma edad arrojaba ya resultados bastante distintos: sólo el 40 por 100 de los

varones y el 42 por 100 de las mujeres consideraban muy necesario el matrimonio. Es claro que estas mutaciones sacuden a la familia.

OTROS cambios nacen no tanto desde dentro de la familia, sino que son impuestos desde fuera. Nos referimos a tendencias de la política y la economía internacional. Los países industrializados han necesitado en décadas pasadas abundante mano de obra. Esto ha atraído la presencia de trabajadores extranjeros que han abandonado su país en busca de trabajo y de ingresos. Así ha ido surgiendo en esos países industrializados una «segunda generación» y la familia del trabajador emigrante experimentaba el influjo, no siempre positivo, del país que los recibía. Por otra parte centenares de miles de refugiados han buscado en Occidente no sólo sustento sino asilo y protección para sus vidas.

Estos cambios de las personas y estas mutaciones sociales, al incidir sobre la institución familiar, no sólo alientan la evolución sino que someten a la familia a un proceso de crisis.

3. Sin embargo, el valor «familia» se sigue cotizando alto en el mercado de valores de la sociedad actual. Hay datos de encuestas realizadas en Europa, publicados ya hace algunos años (mitad de los ochenta) que son sólo relativamente recientes. Encuestas más recientes españolas (1991) apuntan sobre esos temas unas mismas tendencias. Con pequeñas variaciones, alrededor de un 75 por 100 de hombres y mujeres encuestadas siguen creyendo que la familia es un valor central y así es vivido por ellos. Cuando se pregunta si se debe fortalecer la familia, el porcentaje aumenta hasta rozar el 90 por 100. Resulta llamativo el resultado de una encuesta realizada por esos mismos años en Austria en la que se preguntaba a los adolescentes (de 12 a 18 años) por las figuras o modelos más estimados por ellos. Aparecieron unos cuarenta nombres de figuras destacadas de la política, la cultura o el deporte. Un 12 por 100 de respuestas señaló a Jesucristo como el modelo que más les atraía. Y un 37 por 100 (por lo tanto más de un tercio) citó a la propia madre o

al padre. La confianza en los padres y el aprecio por sus actitudes constituían para los jóvenes un modelo a seguir.

4. Hacia el futuro. No negamos la crisis de modelos familiares ni tampoco de valores importantes para la salud de la familia. Es lógico que nos preguntemos cómo va a ser la familia del futuro.

Los estudios prospectivos sobre la familia van aumentando y se diversifican no sólo en las sociedades más desarrolladas sino en los países en desarrollo. Hoy la familia es sometida a examen por los biólogos, los psicólogos y los médicos. Si en el mundo norteamericano predomina el estudio sobre los aspectos sociales de la familia y en Francia sobre la dimensión histórica, la India dirige sus investigaciones hacia los diferentes tipos de familias y matrimonio y China y Japón sobre las relaciones inter-generacionales. En cambio Oriente Medio y Africa del Norte se preocupan preferentemente por los cambios que experimenta la familia ante el embate de la modernidad o las corrientes migratorias.

SE comprende que la prospectiva intente describir los rasgos más característicos de la familia del futuro. Para algunos autores prominentes (Etzioni) «ninguna sociedad compleja ha podido sobrevivir nunca sin una familia nuclear». Otros creen que esta familia nuclear será sustituida por la «pareja libremente flotante». Hay quien predice el retorno a una familia más tradicional y menos permisiva que la actual.

Pero nuestras reflexiones no se reducen a un callejear descomprometido que contempla sólo con una cierta curiosidad y sin decidirse modelos variados de familia expuestos en los diversos escaparates del presente en época de rebajas. Es verdad que no parece posible proyectar un modelo concreto de familia para el futuro. En la familia convergen características complementarias. Por una parte es una institución que brota naturalmente. Toda persona necesita de algún modo organizar sus parentescos y la pervivencia del grupo humano. No somos los individuos seres aislados y huérfanos, cada uno en su mundo, sin tierra, sin hogar y sin parientes. Hay por tanto una dimensión de permanencia.

Pero al mismo tiempo la familia está sometida a un proceso incesante de cambio. Cambian los tiempos y cambian las culturas dentro de cada época. Se llega así al hecho de que existiendo siempre la familia a lo largo de los siglos no lo es nunca de la misma manera.

Sin embargo no queremos limitarnos a aventurar cómo va a ser la familia del futuro sino expresar positivamente cómo queremos que sea esa familia. Sabemos en líneas generales qué familia queremos.

ESA familia debe asentarse sobre un compromiso matrimonial serio y estable. Sin él nos parece mucho más difícil que se vayan forjando personas fuertes y equilibradas, que respeten la dignidad de los demás y sean respetables, que no sólo aprendan a recibir sino también, y sobre todo, a dar con solidaridad. Deseamos que en la familia reine —y es el segundo rasgo— un ambiente de verdadera comunidad. Los miembros de una familia no están vinculados por un contrato jurídico o unos intereses económicos compartidos. Como escribe hermosamente la Carta de los Derechos de la Familia, ésta es «el lugar donde se encuentran diversas generaciones y donde se ayudan mutuamente a crecer en sabiduría humana y armonizar los derechos individuales con las demás exigencias de la vida social». Finalmente, aunque la lista de deseos podría alargarse más, la familia no debe encerrarse en sí misma sino abrirse a la sociedad. El Documento de Puebla, al hablar de la familia, señalaba que debe formar personas conscientes que se comprometan en el cambio en el mundo y contribuyan así al progreso, a la justicia y a la paz.

Expresar deseos y querer que se cumplan implica el compromiso ineludible de trabajar para que el deseo se convierta en realidad. Decir en voz alta qué familia querríamos para el futuro lleva consigo un compromiso: ser conscientes de cuál es el futuro que cada uno va preparando con su propia conducta. Para alumbrar una situación renovada hay que estar dispuestos a mejorar desde ahora la propia vida. Porque la familia del futuro ya está presente, germinalmente, en medio de nosotros.